



CARTAS ZAPATISTAS

CARTA ABIERTA DE EMILIANO ZAPATA A VENUSTIANO CARRANZA

Cuartel General del Ejército Libertador en el
Estado de Morelos, Marzo 17, 1919

Un sello que dice: República Mexicana.- Ejército
Libertador.
Cuartel General del Ejército Libertador en el Estado
de Morelos.

Al C. Venustiano Carranza.-
México, D. F.

Como ciudadano que soy, como hombre poseedor
del derecho de pensar y hablar alto, como
campesino conocedor de las necesidades del pueblo
humilde al que pertenezco, como revolucionario y
caudillo de grandes multitudes, que en tal virtud y
por eso mismo he tenido oportunidad de reconocer
las reconditeces del alma nacional y he aprendido a
escudriñar en sus intimidades y conozco de sus
amarguras y de sus esperanzas; con el derecho que
me da mi rebeldía de nueve años siempre
encabezando huestes formadas por indígenas y por
campesinos; voy a dirigirme a usted, C. Carranza,
por vez primera y última.

No hablo al Presidente de la República, a quien no
conozco, ni al político, del que desconfío; hablo al
mexicano, al hombre de sentimiento y de razón, a
quien creo imposible no conmuevan alguna vez
(aunque sea un instante) las angustias de las madres,

los sufrimientos de los huérfanos, las inquietudes y
las congojas de la patria.

Voy a decir verdades amargas; pero nada expresaré
a usted que no sea cierto, justo y honradamente
dicho.

Desde que en el cerebro de usted germinó la idea de
hacer revolución, primero contra Madero y después
contra Huerta, cuando vió que aquél caía más
pronto de lo que había pensado; desde que concibió
usted el proyecto de erigirse en jefe y director de un
movimiento que con toda malicia denominó
"constitucionalista"; desde entonces pensó usted,
primero que nada, en encumbrarse, y para ello, se
propuso usted convertir la revolución en provecho
propio y de un pequeño grupo de allegados, de
amigos o de incondicionales que lo ayudaron a
usted a subir y luego lo ayudasen a disfrutar el botín
alcanzado: es decir, riquezas, honores, negocios,
banquetes, fiestas suntuosas, bacanales de placer,
orgías de hartamiento, de ambición de poder y de
sangre.

Nunca pasó por la mente de usted que la revolución
fuera benéfica a las grandes masas, a esa inmensa
legión de oprimidos que usted y los suyos

2011, energía 11 (205) 40, FTE de México
soliviantan con sus prédicas. ¡Magnífico pretexto y
brillante recurso para oprimir y para engañar!

Sin embargo, para triunfar fue preciso pregonar
grandes ideales, proclamar principios, anunciar
reformas.

Pero para poder evitar que la conmoción popular
(peligrosa arma de dos filos) se volviese contra el
que la utilizaba y la esgrimía; para impedir que el
pueblo, ya semilibre y sintiéndose fuerte, se hiciera
justicia por sí mismo, se ideó la creación de una
dictadura, a la que se dió el nombre novedoso de
"dictadura revolucionaria".

Se encontró luego la fórmula apropiada; se
pronunciaron palabras sugestivas; eran precisas,
indispensables, la unidad de dirección y de impulso,
la cohesión entre los revolucionarios, la rapidez
para concebir, la energía y la prontitud para
ejecutar.

Todo eso, que no podrá tener cabida en una
asamblea deliberante, se otorgó a un solo hombre,
que fué usted, y desde entonces fué el único amo de
las filas del constitucionalismo.

Para hacer triunfar las reivindicaciones libertarias
de la revolución, se necesitaba un dictador -se dijo
entonces-. Los procedimientos autocráticos eran
inevitables para imponerse a una sociedad
refractaria a los principios nuevos.

En otros términos, la fórmula de la política llamada
constitucionalista, fué esta: "Para establecer la
libertad hay que valerse del despotismo."

Sobre estos sofismas se fundó la autoridad de usted,
el absolutismo y la omnipotencia de usted.

¿Cómo y de qué forma ha hecho usted uso de esos
exorbitantes poderes, que habían de traer el triunfo
de los principios?

Aquí es preciso, para no pecar de ligero, analizar
con calma y pasar revista retrospectiva a los hechos
desarrollados durante la ya bien larga dominación
de usted.

En el terreno económico y hacendario, la gestión no
puede haber sido más funesta.

Bancos saqueados; imposiciones de papel moneda,
una, dos o tres veces, para luego desconocer, con
mengua de la República, los billetes emitidos; el
comercio desorganizado por estas fluctuaciones
monetarias; la industria y las empresas de todo
género, agonizando bajo el peso de contribuciones
exorbitantes, casi confiscatorias; la agricultura y la
minería pereciendo por falta de garantías y de
seguridad en las comunicaciones; la gente humilde
y trabajadora, reducida a la miseria, al hambre, a las
privaciones de toda especie, por la paralización del
trabajo, por la carestía de los víveres, por la
insostenible elevación del costo de la vida.

En materia agraria, las haciendas cedidas o
arrendadas a los generales favoritos; los antiguos
latifundios de la alta burguesía, reemplazados en no
pocos casos, por modernos terratenientes que gastan
charreteras, kepí y pistola al cinto; los pueblos
burlados en sus esperanzas.

Ni los ejidos se devuelven a los pueblos, que en su
inmensa mayoría continúan despojados; ni las
tierras se reparten entre la gente de trabajo, entre los
campesinos pobres y verdaderamente necesitados.

En materia obrera, con intrigas, con sobornos, con
maniobras disolventes, y apelando a la corrupción
de los líderes, se han logrado la desorganización y
la muerte efectiva de los sindicatos -única defensa,
principal baluarte del proletariado en las luchas que
tiene que emprender por su mejoramiento.

La mayor parte de los sindicatos sólo existen de
nombre; los asociados han perdido la fe en sus
antiguos directores, y los más conscientes, los que
valen, se han dispersado llenos de desaliento.

Hoy se trata, al parecer, de infundirles vida nueva,
pero con miras políticas (como siempre) y bajo la
corruptora sombra del poder oficial. Acabamos de
ver mítines obreros presididos y "patrocinados" (!)
por un gobernador de provincia bien conocido como
uno de los servidores incondicionales de usted.

Y ya que se trata de combinaciones de orden
político, asomémonos al terreno de la política, en el
que usted ha desplegado todo su arte, toda su
voluntad y toda su experiencia.

¿Existe el libre sufragio? ¡Mentira! En la mayoría, por no decir en la totalidad de los Estados, los gobernadores han sido impuestos por el centro; en el Congreso de la Unión figuran como diputados y senadores creaturas del Ejecutivo y en las elecciones municipales los escándalos han rebasado los límites de lo tolerable y aun de lo verosímil.

En materia electoral, ha imitado usted con maestría y en muchos casos superado a su antiguo jefe Porfirio Díaz.

Pero ¿qué digo? En algunos Estados no se ha creído necesario tomarse siquiera la molestia de hacer elecciones. Allí siguen imperando gobernadores militares impuestos por el Ejecutivo Federal que usted representa, y allí continúan los horrores, los abusos, los inauditos crímenes y atropellos del período preconstitucional.

Por eso decía yo al principio de esta carta, que usted llamó con toda malicia, al movimiento emanado del Plan de Guadalupe, revolución constitucionalista, siendo así que en el propósito y en la conciencia de usted estaba el violar a cada paso y sistemáticamente la Constitución.

No puede darse, en efecto, nada más anticonstitucional que el gobierno de usted; en su origen, en su fondo, en sus detalles, en sus tendencias.

Usted gobierna saliéndose de los límites fijados al Ejecutivo por la Constitución: usted no necesita de presupuestos aprobados por las Cámaras; usted establece y deroga impuestos y aranceles; usted usa de facultades discrecionales en Guerra, en Hacienda y en Gobernación; usted da consignas, impone gobernadores y diputados, se niega a informar a las Cámaras; protege al pretorianismo y ha instaurado en el país, desde el comienzo de la era "constitucional" hasta la fecha, una mezcla híbrida de gobierno militar y de gobierno civil, que de civil no tiene más que el nombre.

La soldadesca llamada constitucionalista se ha convertido en el azote de las poblaciones y de las campañas. Según confesión de los más altos jefes de usted (nada menos que el secretario de Guerra, José Agustín Castro), la revolución se extiende y nuevos rebeldes aparecen cada día, en gran parte debido a

2011, energía 11 (205) 41, FTE de México los excesos y desmanes de jefes sin honor y carentes de todo escrúpulo, que, olvidando su carácter de guardianes del orden, son los primeros en trastornarlo con sus crímenes y sus actos de vandalismo.

Esa soldadesca, en los campos, roba semillas, ganados y animales de labranza; en los poblados pequeños, incendia o saquea los hogares de los humildes, y en las grandes poblaciones especula en grande escala con los cereales y semovientes robados, comete asesinatos a la luz del día, asalta automóviles y efectúa plagios en la vía pública, a la hora de mayor circulación, en las principales avenidas, y lleva su audacia hasta constituir temibles bandas de malhechores que allanan las ricas moradas, hacen acopio de alhajas y objetos preciosos, y organizan la industria del robo a la alta escuela y con procedimientos novísimos, como lo ha hecho ya la célebre maffia del "automóvil gris", cuyas feroces hazañas permanecen impunes hasta la fecha, por ser directores y principales cómplices personas allegadas a usted o de prominente posición en el ejército, hasta donde no puede llegar la acción de un Gobierno que se dice representante de la legalidad y del orden.

Y, sin embargo, usted acaudilló a todos esos hombres; usted, su Primer Jefe; usted sigue siendo el responsable ante la ley y ante la opinión civilizada, de la marcha de la administración y de la conducta del ejército, y sobre usted recaen esas manchas y a usted salpica ese lodo.

¿Con cuánta razón los gobiernos extranjeros no tienen confianza en el de usted, y con qué justo motivo el de Francia se ha negado a recibir al enviado constitucionalista, considerándolo como el representante de una facción y no como el funcionario de un gobierno!

Las naciones extranjeras recuerdan la conducta de usted durante el período del gran conflicto guerrero, y no tienen para usted sino recelos, desconfianza y hostilidad.

Usted protestó ser neutral, y se condujo como furioso germanizante; permitió y azuzó la propaganda contra las potencias aliadas, protegió el espionaje alemán, obstruyó y perjudicó el capital, los intereses y las finanzas de los extranjeros hostiles al káiser.

2011, energía 11 (205) 42, FTE de México

Usted, con sus desaciertos y tortuosidades, con sus pasos en falso y sus deslealtades en la diplomacia, es la causa de que México se vea privado de todo apoyo por parte de las potencias triunfadoras, y si alguna complicación internacional sobreviene, usted será el único culpable.

Usted ha orillado a nuestro país a la ruina en lo económico, en lo financiero, en lo político y en el orden internacional.

La política de usted ha fracasado ruidosamente.

Usted ofreció y anunció que por medio de un régimen dictatorial que disfrazó con el nombre de Primera Jefatura, haría la paz en la República, mantendría la cohesión entre los revolucionarios, consolidaría el triunfo de los principios de reforma.

La paz no se ha hecho, ni se hará nunca con los procedimientos que usted emplea y con el desprestigio que sobre usted pesa. Los revolucionarios, los de la facción constitucionalista, los que usted ofreció unir, están cada vez más desunidos: así lo confesó usted en su último manifiesto, y en cuanto a los ideales revolucionarios, yacen maltrechos, destrozados, escarnecidos y vilipendiados por los mismos hombres que ofrecieron llevarlos a la cumbre.

Nadie cree ya en usted, ni en sus dotes de pacificador, ni en sus tamaños como político y como gobernante.

Es tiempo de retirarse, es tiempo de dejar el puesto a hombres más hábiles y más honrados. Sería un crimen prolongar esta situación de innegable bancarrota moral, económica y política.

La permanencia de usted en el poder es un obstáculo para hacer obra de unión y de reconstrucción.

Por la intransigencia y los errores de usted, se han visto imposibilitados de colaborar en su Gobierno, hombres progresistas y de buena fe que hubieran podido ser útiles a México.

Esos hombres, esos intelectuales, esa juventud pletórica de ideales, esa gente nueva, no mancillada,

no corrompida ni gastada, esos revolucionarios de ayer, se han apartado de la cosa pública llenos de desencanto; esos jóvenes que se han iniciado en los grandes principios de la revolución y sienten infinita ansia de realizarlos; esos enamorados del ideal, que hoy llevan el alma impregnada de anhelo por un gobierno serio, honrado, fuerte, impulsado por anhelos generosos y atento a cumplir los compromisos contraídos en hora solemne.

Devuelva usted su libertad al pueblo, C. Carranza; abdique usted sus poderes dictatoriales, deje usted correr la savia juvenil de las generaciones nuevas. Ella purificará, ella dará vigor, ella salvará a la patria.

Y si usted, como simple ciudadano, puede colaborar en la magna obra de reconstrucción y de concordia, sea usted bienvenido.

Pero, por deber y por honradez, por humanidad y por patriotismo, renuncie usted al alto puesto que hoy ocupa y desde el cual ha producido la ruina de la República.

Nuevos horizontes se presentan para la patria. El señor doctor don Francisco Vázquez Gómez, hombre conciliador y atingente, antiguo y firme revolucionario, invita a la unión a los mexicanos, y ha encontrado una fórmula de unificación y de gobierno, dentro de la que caben todas las energías sanas, todos los impulsos legítimos, el esfuerzo de todos los intelectuales de buena fe y el impulso de todos los hombres de trabajo.

Bajo esa nueva dirección se podrá hacer patria, se fundará una paz definitiva, se reorganizará el progreso, se consolidará un gran Gobierno de la unificación revolucionaria.

Y para allanar esa obra que de todas maneras habrá de realizarse, sólo hace falta que usted cumpla con un deber de patriota y de hombre, retirándose de lo que usted ha llamado Primera Magistratura, en la que ha sido usted tan nocivo, tan perjudicial, tan funesto para la República.

Emiliano Zapata.

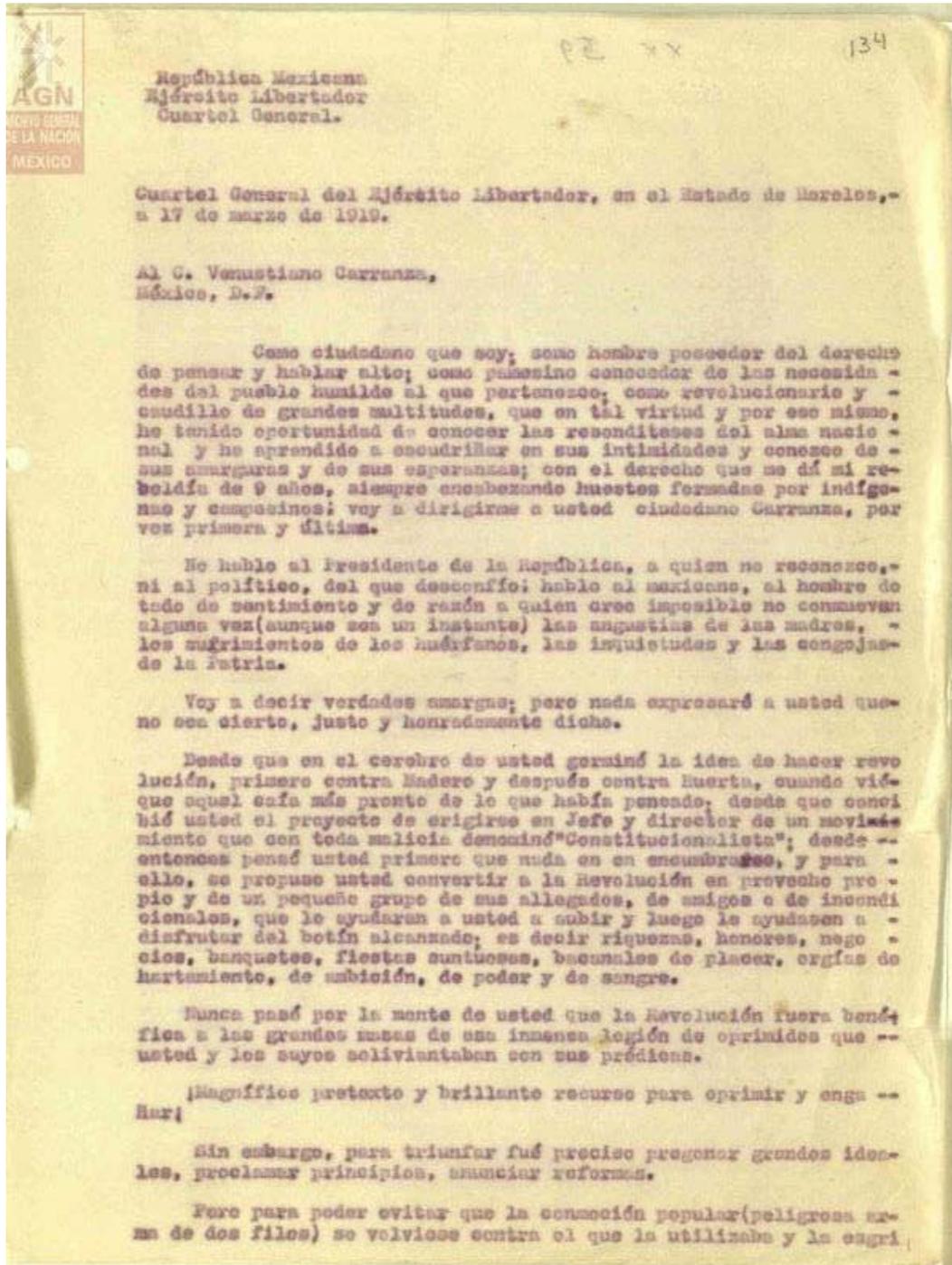
Fuentes: Baltasar Dromundo. *Emiliano Zapata*. México, Imprenta Mundial, primera edición 1934. p. 178-184.

Saúl Chávez Peralta. *Emiliano Zapata. Crisol de la Revolución Mexicana*. Editorial Renacimiento, S.A. México, 1972, p. 341-350.

Imagen:

Archivo General de la Nación. Colección Cuartel General del Sur, caja única, exp. 3, fs. 134-139.

www.agn.gob.mx/revolucion/fichas/1919%20Morelos%20Carta%20de%20Zapata%20a%20Carranza.html



Carta abierta de Zapata a Carranza. Fuente: AGN